

Cultura a la contra

Bajar al Metro

Los días de vuelta al colegio son, casi todos los años, lluviosos. Parece como si el rostro consumista y falsamente alegre del verano —sol, playa, helados de tres gustos— se borrara adrede, se convirtiera en el engrudo pastoso que es nuestra vida de todos los días, y que tampoco dejó de serlo durante la temporada estival, por mucho maquillaje que entonces se pusiera el tiempo meteorológico y el otro, el que marca nuestras horas. Vuelve el frenesí ciudadano, el tráfico de histeria; una monotonía sustituye a otra en el paso inacabable de los fastidios diversos que forman el cañamazo de nuestra existencia. Quedan lejos playas y montañas, y se abren —tragaderas insaciables— las bocas de los parkings.

En realidad, es todo el mundo subterráneo el que se abre; volvemos a ser ratas, y nos sumergimos en los olores del Metro, que es como una cloaca tierna y acogedora; y deambulamos por centros y galerías comerciales, que sustituyen el brillo de la lámpara de cuarzo del cielo por las orgullosas luciérnagas de neón. Nada ha cambiado: la moda Corte Inglés, si acaso, ha sido sustituida por la moda Galerías. La realidad sigue siendo espejo de sombras, el paso de una estación a otra no significa nada más que un cambio, apenas perceptible, en el atuendo. Y bajamos al Metro de nuevo. Bajamos, o bajan, porque algunos no han tenido —no han querido, o no han podido tenerlas— vacaciones.

No sé cómo será esta vuelta al infierno de siempre desde el infierno estival en otras ciudades españolas, en el resto del mundo; pero la supongo muy parecida. El paso de la ilusión de no hacer nada —cuando, en realidad, las vacaciones son un tiempo de actividad desbordante, donde la idea misma del ocio se sume en sí misma y desaparece, nulidad absoluta— a la ilusión de trabajar —cuando el trabajo aquí planteado es nulidad, repetición mecánica de gestos, labor de forzados, condenados a desmenuzarse sin sentido una piedra inmensa, y luego otra, y otra— debe ser parecido en todas partes: un lento acostumbrarse a la costumbre acompañado por lantinas y maldiciones que nada cambian, que de nada sirven. Pero aquí, por lo menos, tenemos el Metro. Este Metro más caro cada año —o cada semestre, y pronto cada día—, más sucio a cada momento; este Metro donde hay cada vez más gente transitando y, por paradoja, cada vez más parados. Refugio de mendigos y de abigarrados mercachifles, donde se oculta también un cierto erotismo vergonzante, el erotismo del tocar culos sin ser visto, del palpar y marcharse de prisa en busca de la masturbación furtiva; erotismo de pobres, de hambrientos, placer sólo comparable al de los caballeros con bombín que se refugian en los locales de "strip-tease" continuo, allá en Londres. El Metro es todo un mundo encarrilado, con los trenes lanzados como flechas hacia un destino inevitable, cercano y poco glorioso: la próxima parada, o el final de la línea, como mucho. Es un infierno más cálido, acogedor y hogareño que el infierno exterior, el de las calles y las oficinas; mundo interior alumbrado por tubos fluorescentes que difuminan detalles y fisonomías, pero de pronto hacen resaltar los cuadros rojos de una camisa como única realidad visible. Y en el sonido monótono, hecho como de órdenes repetidas, de números cantados sin sentido, de murmullos; sobre la pantalla indiferenciada del zumbido, se escucha el lamento —nunca mejor llamado así— de ciertos instrumentos musicales, que gritan pidiendo dinero a los que pasan, a los que nada oyen, demasiado sumidos en ese zumbido interno que llaman pensamientos.

El Metro significa para mí el otoño. Y el otoño siempre me ha resultado ingrato, incómodo; ya pueden los poetas cantar sus matices azafrañados, hablar del vino nuevo en las barricas. Para mí, significa la tragedia del hombre moderno que regresa del campo para afirmar su nulidad en la nulidad de los otros. ■ EDUARDO HARO IBARS.

monio de su vida y de cómo ésta se truncó. Y testimonio también de cómo funciona por dentro el en apariencia brillante mundo del espectáculo.

"Yessongs", de Peter Neal, es otra cosa: endiosificación del grupo Yes, en quienes el rock sinfónico no sólo ha hecho mella, sino que los ha destrozado como grupo rockero. Su sentido del espectáculo tiene más de Walt Disney que de Frank Zappa, y la megalomanía imperante en estos seres con vergüenza de ser lo que son —esto es, músicos populares— les hace llegar a inenarrables abismos de tedio y aburrimiento mortales.

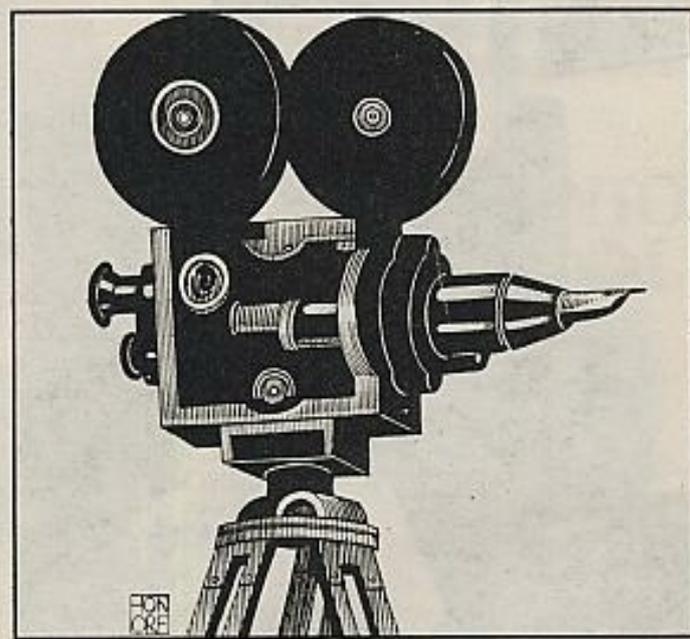
Otro de los horrores es "Pink Floyd en Pompeya", película que ya he tenido que sufrir en otras ocasiones. Nada más hortería que los modernos Pink Floyd, privados de su genio creador, Syd Barrett. Nada más aburrido que las ruinas de Pompeya vistas por alguien que no tiene imaginación y se limita a pasear su cámara por ruinas truncadas y mosaicos

lección de que los que escribimos lo hacemos como "profesión de otro tiempo" —lo escuché anoche en una buena canción de rock español— y que deberíamos dedicarnos a otros juegos donde cupiera más gente. Porque se está acabando la era del papel impreso. Y no seré yo quien lo sienta. ■ EDUARDO HARO IBARS.

TEATRO

"Salvar a los delfines"

Apenas unos días y Santiago Moncada (al parecer nuevo instrumento para el mercantilismo teatral del momento) ha sido capaz de "colocar" dos textos gemelos y consecutivos sobre los atónitos escenarios madrileños. Esta circunstancia no hace sino



charteados. Además, hay soles poniéndose tras grandes gongs chinos, perritas que cantan —añan— junto a las armónicas. Y sintetizador, mucho sintetizador... Aburridísimo todo.

En fin: es un loable intento del de los Duplex, darnos una muestra de lo que puede ser la fusión música/rock: una demostración de lo que han de cambiar los dos medios para lograr su deseada fusión. Y una

consolidar la sensación de ramplonería y confusión que se cierne sobre nuestra demacrada cultura teatral. El asunto puede indignar, pero en ningún caso asombrar.

En el comentario anterior a su primer estreno, "Vivamos hoy", ya se pusieron al descubierto sobradamente todas las simplistas y eficaces claves que presiden la producción de Moncada. En "Salvar a los delfines" (Infanta



"Salvar a los delfines", de Santiago Moncada.

Isabel) las situaciones se repiten, y hasta los diálogos (Moncada sabe más del verbo dramático que de la acción teatral) parecen trasplantados de una pieza a otra. Matrimonio maduro, separado, amantes sustitutivos, in-

tento de reconciliación, imposibilidad total de recuperar el tiempo y las ilusiones perdidas, etcétera. Vuelta a los interminables diálogos (monodialogos le hubiera gustado decir a Unamuno); habilidad en la palabra

fresca e ingeniosa... Algunas variantes en la trama; la mujer, psicóloga especializada en problemas matrimoniales (circunstancia que permite al autor una profundización completísima y de terrible mal gusto sobre las intimidades de ambos sexos, expuestas sin recato alguno y más próximas al soterrado erotismo de una burguesía floja que a una supuesta investigación sobre el tema); amistad inmediata entre marido y amante, como para denunciar el vacío de la especie masculina, y, por fin, una hija, símbolo de cierta juventud actual (con la que Moncada parece querer reconciliarse para, como actual Tenorio, "buscar mayor espacio para sus hazañas"). La muchacha, naturalmente rebelde, deseosa de apurar pronto todas las experiencias humanas (drogas, amor libre), resulta ser una criatura cándida y virginal, amante de la cultura, la Naturaleza y la verdad. Este descubrimiento indigna a sus padres, que encuentran anormal la postura que pocos momentos antes criticaron. Por si todos estos pocos no formaran un sustancial mucho, la muchacha desea casarse con

un thailandés budista zen, con el que no ha tenido más relaciones que las puramente emotivo-dialécticas. El exotismo del personaje oriental, cargado de sabiduría e idealismo, contrasta con la brutalidad de unos seres enajenados. Los dos jóvenes, ante el estupor de aquellos personajes contaminados por los años y la sociedad, escapan hacia una isla perdida con la intención de cortar una desmedida matanza de delfines. Ganan las buenas intenciones y el autor deja en el aire una utópica esperanza en no se sabe muy bien qué.

La reaparición de Amparo Rivelles es pieza clave en este estreno. Realiza su papel con desenvoltura y convence, claro es, de que sus posibilidades interpretativas están muy por encima de este pequeño encargo. La dirección de José L. Alonso pone también una nota de color y buen gusto.

Luego de las sonrisas y demás festejos sensoriales, el vacío una vez más. Santiago Moncada quiere salvar a los delfines, noble propósito, pero con ello condensa otra vez las posibilidades de nuestro teatro. ■ MIGUEL A. MEDINA.

Braque y los demás

La *rentrée* queda formalmente inaugurada con la gran exposición de Braque en la Fundación Juan March. Ciento veintiséis obras del célebre pintor francés vienen a reforzar la imagen de grandes muestras a las que nos tiene acostumbrados esta institución, acontecimientos siempre bien acogidos por un público ávido de conocer en vivo a todos esos monstruos que hacen la historia reciente de la pintura. Muy de cerca, en el estilo didáctico y enciclopédico, está la exposición *Doce ceramistas españoles* (en el Palacio de Cristal del Retiro madrileño), donde se reúnen obras de los maestros Picasso, Miró o Artigas, junto a las generaciones más jóvenes representadas por Arcadio Blasco, Colmeiro, Cumella o Mestre.

Mientras, en las galerías madrileñas, vencido el tiempo de las colectivas de entretiempo, parece prevalecer la idea de que octubre tiene que ser el mes de la primera oportunidad, y varias galerías comienzan el curso con pintores jóvenes, o por lo menos poco curtidos en individuales. Así ocurre con el gallego Manuel Ruibal, que abre *Rayuela*, y al que seguirán Enrique Brikman, Quero y una inusitada exposición de Picasso. Lo mismo pasa en Aele, donde tras una breve colectiva de Serrano, Hoffman, Herbert, Cruz Novillo y Lerin, expondrá su obra otro joven, Enrique Vega, que presentará su serie *Antonio*. En el programa de Aele aparece el asidado condimento imaginativo: una colectiva de collages, entre las intenciones de investigación en formas nuevas, empeño en el que coincide Theo, que anuncia una colectiva titulada *La otra dimensión*, que incluirá precisamente las formas no tradicionales

del arte. Theo abre en octubre con las últimas obras del espacial José María Iglesias, y tras ello prepara una gran exposición de Sempere y otra del escultor cubano Cárdenas.

Siguiendo con su línea de integración de las artes, Juana Mordó tendrá en su sala de Castelló, y del 1 al 6 de septiembre, un espectáculo gráfico-musical a cargo de Juan Malumbres sobre variaciones gráficas a la "Cuarta sinfonía" de Brahms, y en el que cada día se celebrará un acto distinto: conciertos, conferencias, proyección de diapositivas, etc. En su

sala de Villanueva será el equipo Crónica el que abra el fuego, que muchos esperan será nutritivo y sabroso. Sen se estrena con José Luis Pascual y continuará con el imprevisible Urculo, del que podemos esperar cualquier golpe de gracia, y con un Berrocal prenaveño. Kreisler Dos cierra el rápido repaso, abre con dos exposiciones consecutivas de escultura, rara avis en la tradición madrileña: la primera, del chileno Federico Assler, y la segunda, de Angel Mateos. Para cuando la temporada esté mediada, se reservan el plato fuerte y marinero de Eduardo Sanz, que puede volver a sorprender, según todos los indicios.

Para el final he dejado a la vanguardia, que, como es su deber, resiste heroicamente en su fortín de la galería Buades, que anuncia su reapertura con Xavier Grau, para continuar con Fernando Carbonell, Juan Navarro Baldeweg, Brota, Tena y los "comics" de Cecepe. Una nutritiva avanzadilla desbordará, sin embargo, el reducto tradicional, y presentados por sus críticos más entusiastas, Angel González García y Juan Manuel Bonet, aparecerán hasta diez en una colectiva de jóvenes en la Juana Mordó de la calle Castelló. Algunos de los nombres serán Carlos Alcolea, Brota, Campano, Manuel Quejido, Pancho Ortuño, y nos quedan cinco. Una buena fiesta para los ojos fértiles.

Con crisis o sin ella, el carrusel ya comenzó a girar. Si la imaginación no nos abandona, la falta de ventas y la falta de público podrán ser superadas. Esto es sólo el anuncio de lo que vendrá. Luego llegará la constatación de que algo llegó, si es que algo llega. ■ MARCOS-RICARDO BARNATAN.

"Pájaro atravesando una nube", 1957.

